

LETICIA ALGABA MARTÍNEZ, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1997.

YLIANA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
El Colegio de México

LAS POLÉMICAS literarias han sido constantes a lo largo de la historia, y detrás de todas ellas se revelan, entre otras cosas, maneras diversas de ver el mundo y la literatura. Más allá, en el caso que ahora nos toca, diferentes maneras de querer el mundo. Para establecer los antecedentes y las causas que provocaron la controversia, Algaba narra la hechura de una novela de entregas de Vicente Riva Palacio: *Monja y casada, virgen y mártir*, primera del autor que aprovecha los documentos del archivo de la Inquisición, en su poder desde 1861. La requisición de los documentos tenía ya, desde Benito Juárez, una clara intención ideológica y encontró en Riva Palacio un excelente instrumento para desarrollarla. Se trataba con esto de demostrar que los padres de la ideología conservadora fueron sanguinarios y crueles “el execrable pasado debe ser exhibido en aras de su destrucción... la poderosa arma política se dirigía a la consolidación de la Carta Magna que apenas había entrado en vigor” (15).

“Levantar el velo” —dice Algaba— para exhibir la crueldad inquisitorial será la frase clave que levantará la polémica (14). Los personajes de esta polémica son dos: Riva Palacio y Mariano Dávila, presbítero. Dos los periódicos que la sostienen: *La Orquesta* y *Revista Universal*, de signo contrario. La naturaleza de la polémica es interesante por varias razones, pero sobre todo por una: en su afán historiográfico por el dato preciso Dávila no ignora que la mejor manera de atacar (y sin querer apoyar) el proyecto liberal es también desde la literatura, y se embarca en una empresa literaria similar: glosar la novela de Riva Palacio.

En “La polémica histórica” (capítulo 1, 23-51), Algaba narra el desarrollo del debate y lo caracteriza: solemnidad *vs.* sentido del humor. A los ataques de carácter ético y estético de Dávila, Riva Palacio siempre tiene respuesta ingeniosa; por ejemplo, al reproche de Dávila sobre la exageración del número de penitenciados llevados a la hoguera (800 según Riva Palacio, 12 de acuerdo con Dávila), Riva Palacio dice: “Aplicábase al reverendo Dávila esos cien mil [refiriéndose a las cifras de ejecutados en los Países Bajos entre 1520 y 1550], para cuenta de mayor cantidad y rebaje los doce que sostiene que fueron quemados únicamente por el Santo Oficio” (42). En Dávila, de acuerdo con Algaba, hay signos claros de “providencialismo” en su defensa, lo sostiene un pensamiento jesuita y un pasado como censor de libros. Aunque Dávila intenta basar sus pruebas para descalificar *Monja y casada...* en un “problema ético inherente a la imaginación del novelista” (53), comprende que quizá sea más eficaz hacerlo también desde la estética, y de eso trata el segundo capítulo, “La polémica literaria” (53-99).

Basado en un concepto estético absolutamente neoclásico, Dávila pone a examen la novela. “La forma y el fondo son [...] los ejes de análisis; la primera ha de responder a lo bello, la segunda a lo bueno y éste designa la moralidad de la obra, mientras que en su belleza radican las cualidades reales y verdaderas que son: la variedad, la unidad, la regularidad, el orden y la proporción, gobernadas por las siguientes reglas: la unidad de acción, la verosimilitud de los sucesos, la relación de los episodios y la moralidad del objeto” (54-55).

Monja y casada... es una novela de folletín, de entregas, su naturaleza es de suyo imperfecta, pero Riva Palacio sigue sin duda un plan narrativo que a los ojos de Dávila no existe. La novela, por supuesto, reprueba su examen. El problema de la verdad histórica vuelve a aparecer con fuerza en esta crítica, pues la imaginación del narrador, a opinión de Dávila, debe sujetarse a reglas estrictas. Riva Palacio es odiosamente romántico, y lo es más cuando hace un evidente “traslado del presente del novelista al pasado, movimiento aparentemente inverso en la perspectiva de Dávila y sobre todo inesperado en una novela histórica, cuyo autor

ha dado garantías de mostrar verdades ocultas de la etapa colonial” (68). El problema con esta estratagema es que del pasado “recupera impulsos, capacidades del pueblo frente al régimen virreinal para colocarlos en el México independiente, y con mayor precisión en la Reforma como signo de modernidad por cuanto la separación Iglesia-Estado” (114-115).

Más adelante Algaba hace una extensa referencia a los personajes protagónicos para enmarcar el debate moral y estético entre Dávila y Riva Palacio. La novela, dice, está “centrada en la salvación de las protagonistas” (81), desde una óptica cristiana “de signos distintos a los de la moral católica” (88). Para Dávila, el premio y el castigo vienen de la Providencia; para Riva Palacio (para los románticos en general) “el novelista es el instrumento clarividente de la Providencia” (96). Dávila se propone, en fin, demostrar que la novela de Riva Palacio es inmoral porque defiende lo *malo* y lo *feo* (97).

Para terminar, en “La estratagema” (101-140), Algaba traza el proceso como crítico de Dávila. Afirma que, más que una relectura, lo que Dávila hace es tamizar la novela dirigiéndose a los puntos que sabe que son peligrosos para el probable lector: “Dávila introduce un exhaustivo análisis literario al servicio de varios fines: denostar la obra y a su autor; expurgar el texto para evitar modelos perversos ante el lector, y elaborar una nueva versión de la novela según ciertos preceptos del arte literario. Son éstas las máscaras del presbítero: la del historiador, la del crítico literario y la del novelista” (113).

Más allá, encuentra los motivos de Dávila para impugnar a Riva Palacio en un intento de desagravio por parte de aquél a Basilio Arrillaga, su maestro. A decir de Algaba, en 1833 sostuvo una polémica con José María Luis Mora, “caudillo ideológico del primer proyecto de las Leyes de Reforma” (128). De ahí su naturaleza combativa y su afán por polemizar. Lo otro, el agravio, ocurrió cuando fueron confinados, al triunfo de la República, mientras se confiscaba la biblioteca de Arrillaga. Para Dávila, los liberales eran, pues, unos bárbaros. Algaba, para terminar, se da a la tarea de construir la novela que Dávila hubiera querido escribir a partir de sus enmiendas y observaciones; el resultado es que Dávila cae

en los errores que criticó: su novela es inmoral por su realismo exagerado, no existe en ella equilibrio sano y agradable.

La conclusión es interesante porque alude al papel de la literatura en la época: las armas para la lucha política están en ella. Se trata de “un duelo interminable que pone de relieve el enorme acercamiento entre la crítica y la creación literaria. Son éstas las armas enmascaradas para la guerra política y las que nos permiten ahora subrayar la función de la literatura en una encrucijada de la historia de México” (140).

Es una lástima que el libro tenga algunas (muy pocas) erratas que podrían haberse resuelto con una más cuidadosa lectura de galeras: Ortiz aparece invariablemente acentuado; la palabra clave aparece usada incorrectamente: “conceptos clave” (55), “elementos claves” (58) o “conceptos claves de la moral” (106); hay algunos errores de concordancia: “diversos sus sentimiento” (80), “pues lo mismo señala las efectos del fanatismo” (90) y nada más. Sería un error condenar al libro por algunos descuidos, no hay libro perfecto.

Sin embargo, debo decir que, aunque breve, *Las licencias...* tiene un defecto: tiende a ser repetitivo. Como lector, la confusión al tratar de volver a algún concepto después de la lectura es enorme, porque el concepto se reitera en múltiples lugares y, aunque se enuncie de diversas maneras, es el mismo. Probablemente se debe a que el libro es resultado de un trabajo de tesis, pero en ningún lugar se asienta este dato. Es una lástima porque algunos hallazgos muy brillantes son apenas perceptibles ante las repeticiones.

Las licencias... se une a un creciente interés por la obra de Riva Palacio que se ha hecho evidente en la serie a cargo de José Ortiz Monasterio en el Instituto Mora, y cuyos volúmenes aparecieron justamente entre 1996 y 1997 bajo el sello del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (*Ensayos históricos, Los Ceros, Calvario y Tabor, Martín Garatuza, Las lirás hermanas, Tradiciones y leyendas*, etc. Y es precisamente la tesis —ahora libro— de Ortiz Monasterio, *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*. México, 1993, seminal para el trabajo de Algaba). El valor de la nueva información que la autora aporta a sus fuentes reve-

lan un trabajo de investigación riguroso que merece elogio. Son muchos los datos que maneja y me parece que los manipula con gran soltura; el lector no la encontrará excesiva ni ofuscará su lectura.

Recomiendo ampliamente el texto; más allá del provecho para el lector interesado, se trata de un libro ameno y ágil, que se lee con gusto.